

07.

Giulio Girardi y el trabajo con los sindicatos

José Javier Fernández Pereira

DOI: https://doi.org/10.64092/ILDD8958

7.1. La opción filosófica y política de Giulio Girardi por la clase trabajadora

Coincidí con el profesor Giulio Girardi en Roma siendo su alumno en el Pontificio Ateneo Salesiano, actual Università Pontificia Salesiana, en el trienio 1967-1970. En esa época impartía la asignatura de Ontología (Girardi, 1962). Pronto establecí con él una amistad que iba más allá de la relación profesor-alumno y que nos llevaba, entre otras cosas, a disputar entretenidos partidos de tenis en las pistas universitarias en las horas de la siesta.

Es una satisfacción para mí contribuir a dar a conocer

algunas de sus importantes y originales aportaciones en el ámbito del mundo sindical, o quizá habría que decir, más propiamente, de su relación con la clase obrera. Un trabajo que, como veremos, se enmarca en una visión más amplia y fundamental de lo que, a nuestro entender, constituye su trayectoria intelectual y que no es sino un reflejo de su proyecto vital.

Un proyecto que, como no podía ser de otra forma, ha suscitado tanto críticas elogiosas como oposiciones acérrimas, entre ellas las formuladas por Lamendola (2016). Por otra parte, nada extraño para Giulio Girardi, quien no excluía a la Iglesia como institución de la dinámica histórica de la lucha de clases. No es este el lugar para entrar en estas polémicas; nos centraremos en el tema que aquí nos ocupa: la labor que Girardi realizó en el mundo del trabajo.

Su compromiso con el mundo laboral y sus investigaciones en ese campo no fueron los de un sindicalista ni los de un político profesional, aunque sí los de un militante comprometido políticamente con la causa de las clases populares y, de un modo muy significativo, con la clase obrera y sus organizaciones.

Si queremos descubrir y llegar a entender el hilo conductor de la implicación de Girardi en las distintas luchas sociales con las que colaboró, en la mayoría de los casos de forma altruista, él mismo nos da la clave en muy diversos momentos de su vida y de sus trabajos. Se trata de una opción fundamental entendida como opción política, en el sentido fuerte de "política", es decir, la que concierne al proyecto de sociedad en su globalidad y, por tanto, al proyecto de ser humano (Girardi, 1979a).

Una opción que, dicho brevemente, consiste en la aceptación o el rechazo del sistema capitalista, de una sociedad en la que está institucionalizada la dominación de una clase sobre otra y que se concreta en las diversas formas que adquieren las relaciones humanas.

Esa opción se plasma necesariamente tomando partido en el contexto de la correlación de fuerzas existentes, en primer lugar, por la clase dominante o por la clase dominada y que, como veremos, por ejemplo, en el terreno educativo, pero mucho más allá de la escuela, "implica la elección entre una educación integradora (por integrar en el sistema) y una educación liberadora (por ser libre respecto a él); una se sitúa en el punto de vista de la clase dominante y otra en el de las clases dominadas" (Girardi, 1979a, p. 2). Y es que, según Girardi (1979a), "los problemas fundamentales de la pedagogía no son problemas pedagógicos" (p. 1).

Como intelectual formado en la escuela y el espíritu salesiano, Girardi siempre estuvo interesado en la educación, no tanto como pedagogo, aunque también, sino más bien como filósofo e investigador de la educación y de su papel en la liberación del ser humano. No de un "ser humano" abstracto y etéreo, sino del joven y la joven encarnados en un contexto sociopolítico determinado: la sociedad clasista del capitalismo maduro (Girardi, 1979b).

En el subtítulo de *Uomini di Frontiera* se encuentra ya una clave interpretativa de su contenido: "la elección de clase y las transformaciones de la conciencia cristiana en Turín desde el Concilio hasta hoy" (Girardi, 1984). Se trata de una investigación con una doble vertiente, política y teológica, que toma como referencia las experiencias, los conflictos, las tensiones y las contradicciones vividas por los militantes cristianos en su compromiso con la clase trabajadora dentro de los movimientos analizados.

Si bien el libro es el resultado de una obra colectiva, la inspiración y el impulso del proyecto estuvieron en todo momento alentados, como ya había ocurrido con la primera investigación de este tipo, *Coscienza Operaia Oggi*, de la que hablaremos más adelante, por el compromiso de Girardi con una educación

militante de la clase trabajadora realizada por la propia clase trabajadora y orientada al desarrollo y la actualización de la conciencia de clase (Girardi, 1979b). Diría incluso que ese objetivo lo vivía como una verdadera misión.

De los tres colectivos tratados en *Uomini di Frontiera,* nos centraremos en las colaboraciones de Girardi con la Juventud Obrera Cristiana (JOC), tanto por los límites de este escrito como, sobre todo, por considerar ese movimiento de trabajadores cristianos una síntesis de tres de los intereses más cercanos a Girardi en el ámbito sindical y laboral: la juventud, la educación como proceso de concienciación de la clase trabajadora y el compromiso de clase. A ello se añade que la JOC fue uno de los movimientos con los que colaboró de forma más frecuente (Girardi, 1984).

La JOC nació en Bélgica, fundada por el sacerdote Joseph Cardijn, procedente de una familia obrera. Desde el inicio de su labor pastoral en Laeken dedicó su atención a los jóvenes trabajadores, tanto belgas como inmigrantes. Junto con las jóvenes obreras promovió los "Círculos de estudio y reflexión sobre los hechos sociales en vista de la acción". La primera agrupación de jóvenes obreros recibió el nombre de Juventud Sindicalista y, posteriormente, en 1924, pasó a denominarse Juventud Obrera Cristiana (JOC), organización que concebía la educación a través de la acción como el eje de la formación y del compromiso de los jóvenes trabajadores (Girardi, 1979b). Entre las personas que tuvieron una influencia decisiva en él hay que citar al padre Adolf Daens, uno de los fundadores de los sindicatos cristianos de Bélgica.

Durante su estancia en Inglaterra conoció a responsables sindicalistas y estudió los métodos de trabajo y formación de los movimientos juveniles de Sir George Willians (Movimiento YMCA) y de Baden Powel (Movimiento Scouts).

La Juventud Obrera Cristiana italiana se inició en Turín de forma autónoma a finales de la década de 1960 por iniciativa de seminaristas turineses que habían conocido el movimiento en Francia. Entre los días 1 y 3 de mayo de 1970 tuvo lugar el primer Congreso Nacional en Monte Porzio y, en junio de 1973, se celebró el tercer Congreso. En la actualidad, la Juventud Obrera Cristiana Internacional define su finalidad en los siguientes términos:

En la actualidad, la Juventud Obrera Cristiana Internacional se define como un movimiento integrado por jóvenes trabajadores y trabajadoras que aspira a la construcción de una sociedad más justa mediante la participación activa de sus propios miembros. Su organización es democrática y está dirigida por los propios jóvenes, quienes desarrollan procesos de formación a través de la acción en los espacios donde viven y trabajan. Desde esta perspectiva, la educación constituye una de sus prioridades fundamentales y el principal medio para promover la dignidad de la juventud trabajadora y favorecer su compromiso con la transformación social (Juventud Obrera Cristiana Internacional, 2005).

Como se ha señalado, Girardi colaboró en varias ocasiones con la Juventud Obrera Cristiana italiana y también con la Juventud Obrera Cristiana española. En la primavera de 1979 impartió unas jornadas en el Comité Central de la Juventud Obrera Cristiana de España, en Madrid, dedicadas a la educación, una de las finalidades esenciales del movimiento, bajo el título *La educación como alternativa* (Girardi, 1979b).

La versión consultada corresponde a una edición mecanografiada y fotocopiada para uso interno, conservada en el Archivo Central de la Juventud Obrera Cristiana de España, en Madrid, a la que se tuvo acceso gracias a la colaboración de Andrés Aganzo y Feliciano González.

En su exposición, Girardi (1979b) analiza el papel de la escuela como institución educativa preferente en el conjunto de las sociedades contemporáneas. La escuela, entendida como el espacio donde la formación se desarrolla de manera sistemática, "forma parte de las condiciones necesarias de la libertad". Propone una escuela liberadora, de la que ya existían numerosas experiencias en distintos países, como el método Reggio Emilia y la pedagogía de Paulo Freire, a las que denomina "contraescuelas", por constituir una alternativa a la escuela capitalista no solo en sus contenidos, sino también en su estructura organizativa, al eliminar las relaciones autoritarias y competitivas, reducir las prácticas selectivas y fomentar la corresponsabilidad, el espíritu comunitario y la creatividad colectiva.

No considera, sin embargo, válida cualquier crítica o alternativa a la escuela capitalista. Como ejemplo, examina el proyecto de desescolarización o abolición de la institución escolar propuesto por Ivan Illich en *La sociedad desescolarizada*, al que formula diversas objeciones. A su juicio:

> Una liberación pura y simple de la enseñanza sería necesariamente formal: ofrecería sin duda posibilidades nuevas a los que en razón de su origen social y de su medio cultural estuvieran en condiciones de aprovecharlas; pero privaría a todos los demás, es decir a la gran mayoría, de las modestas posibilidades de que disponen actualmente; no haría más que acrecentar el privilegio de la ciudad sobre el campo y la montaña (Girardi, 1979b, p. 32).

Tampoco comparte la propuesta que Illich presenta como una alternativa revolucionaria. Al respecto, Girardi reproduce y somete a crítica la siguiente afirmación del autor:

> Un movimiento de liberación que se inicie en la escuela, y sin embargo esté fundado en maestros

> y alumnos como explotados y explotadores simultáneamente, podría anticiparse a las estrategias revolucionarias del futuro; pues un programa radical de desescolarización podría adiestrar a la juventud en el nuevo estilo de revolución necesaria para desafiar a un sistema social que exhibe una "salud", una "riqueza" y una "seguridad" obligatorias (Illich, 2011, p. 71).

Aun reconociendo la agudeza de muchas de sus críticas al sistema educativo dominante, Girardi considera que la alternativa propuesta por Illich adolece del irrealismo que el materialismo histórico ya había señalado en otros contextos. La califica como una propuesta "doblemente idealista", porque concibe el sistema educativo como una realidad autónoma, capaz incluso de entrar en contradicción con el poder económico y político, y porque atribuye exclusivamente a las ideas la capacidad de transformar la sociedad (Girardi, 1979b).

En pocas palabras, cualquier sistema pedagógico se inscribe en el marco de un sistema social determinado, de modo que una verdadera alternativa educativa solo puede concebirse dentro de una transformación global de la sociedad (Girardi, 1979b).

La educación liberadora, por tanto, no se limita a las relaciones interpersonales, aunque tampoco las excluye. Su horizonte se sitúa en el movimiento mediante el cual las clases explotadas luchan por construir una sociedad alternativa, una nueva cultura y un ser humano nuevo (Girardi, 1979b).

Esta es una de las razones, a nuestro juicio, por las que Girardi asumió un compromiso tan intenso con el trabajo sindical. Se trataba de una tarea educativa, aunque no escolar, desarrollada mediante prácticas pedagógicas insertas en el marco más amplio de la lucha de clases (Girardi, 1979b).

La historia de los fracasos políticos y económicos de las revoluciones socialistas, así como de diversas

experiencias de autogestión, confirma para Girardi que la imposición de un proyecto mediante la violencia, incluso bajo una prolongada dictadura del proletariado, no puede "instaurar relaciones fundadas sobre la libertad", es decir, no puede producir una auténtica liberación (Girardi, 1979b, p. 32).

La experimentación de una educación alternativa aplicada en el mundo laboral, y en particular en las organizaciones sindicales como las impulsadas por Girardi, adquiere un sentido filosófico liberador, de inspiración socrática, en cuanto pretende que sean los propios trabajadores y trabajadoras quienes descubran la verdad de su situación como clase explotada en el trabajo y en la sociedad capitalista, capacitándolos para asumir el protagonismo de sus propias vidas (Girardi, 1979b).

Esto no significa, en absoluto, que Girardi pueda ser considerado un idealista romántico. Reconoce con claridad el punto de partida: la naturaleza humana, en cualquier sistema social, mantiene su voluntad de poder y su tendencia tanto a la dominación como al servilismo. No se trata de idealizar a las clases explotadas. La clase trabajadora también manifiesta comportamientos interesados y, por ejemplo, favorece el absentismo laboral cuando disminuyen los incentivos materiales o fomenta la rivalidad entre compañeros por las recompensas económicas. En ese sentido, las clases explotadas, como la clase obrera, "no son mejores que las clases explotadoras, aspiran a los mismos valores, al mismo bienestar y a las mismas formas de poder" (Girardi, 1979b, p. 32).

De hecho, quienes hemos vivido el mundo sindical, como militantes de base o desde una opción más ideológica, como era el caso de los curas obreros, hemos constatado que los problemas e intereses de los jóvenes trabajadores eran muy distintos de los que planteaba el compromiso con la clase obrera. Del mismo modo, las referencias tanto al

cristianismo como al marxismo eran muy escasas, por no decir inexistentes, salvo entre aquellos militantes que desempeñaban funciones de dirección en el movimiento sindical.

En *Coscienza Operaia Oggi* se recogen testimonios de jóvenes obreros que se desmarcaban claramente de buena parte de la doctrina constitutiva del sindicato al que pertenecían, al que en muchos casos se afiliaban únicamente como un requisito para acceder al trabajo. Uno de ellos afirmaba:

> Aquí continuamos a discutir y los trabajadores aportan contribuciones de trabajadores, mientras que yo no me hallo ahí, no me reconozco en esas cosas ya que yo no parto del hecho que soy obrero, sino que parto de mis experiencias como joven, por el simple hecho de que no tengo todavía veintiún años y tengo ganas de vivir… Por tanto no me reconozco en el movimiento obrero (Girardi, 1980, p. XX).

Y ello no porque faltaran en las organizaciones sindicales y en los movimientos obreros propuestas para la formación sindical, económica e ideológica de sus afiliados y militantes. Como ejemplo pueden citarse las colaboraciones del propio Girardi tanto con los sindicatos turineses como con la Juventud Obrera Cristiana española, cuya experiencia educativa se ha analizado en las páginas anteriores (Girardi, 1979b).

7.2. Turín como laboratorio del sindicalismo italiano contemporáneo

Hagamos un poco de historia tomando como referencia la ciudad de Turín. En Italia, la Segunda Revolución Industrial, desarrollada entre 1850 y 1870, provocó grandes procesos migratorios desde el campo hacia los nuevos centros industriales urbanos, especialmente desde las regiones del sur. La clase trabajadora vivía en condiciones inhumanas: largas y duras jornadas laborales, trabajos peligrosos, salarios de miseria, viviendas insalubres, deterioro de

la salud, inseguridad ante el futuro y trabajo infantil (D'Alessandro, 1970).

Fue el período que le tocó vivir a Don Bosco en Turín, donde desarrolló su labor social, educativa y cristiana entre los jóvenes abandonados a su suerte. Muchos de ellos eran niños de la calle que, décadas más tarde, serían conocidos popularmente en Italia como *sciusà*, (¿término derivado de la expresión inglesa shoes shine? ("¿limpiar zapatos?")), utilizada por los soldados estadounidenses tras la liberación de Roma durante la Segunda Guerra Mundial. En ese mismo contexto histórico surgieron las primeras Sociedades de Ayuda Mutua, integradas en gran medida por republicanos contrarios al socialismo, que constituyeron las primeras formas de organización obrera (D'Alessandro, 1970).

Con el nuevo siglo, las reivindicaciones obreras, las huelgas y, en general, las acciones desarrolladas en las fábricas dejaron de ser iniciativas espontáneas para convertirse en movimientos organizados por los sindicatos de empresa y, posteriormente, por las confederaciones que agruparon a las distintas federaciones de una misma rama laboral en una estructura unificada (D'Alessandro, 1970).

Así nació en 1906 la Confederación General del Trabajo, de orientación reformista y vinculada al Partido Socialista. La organización de los trabajadores tuvo como respuesta la creación, en 1910, de la Confederación General de la Industria Italiana. La patronal inició entonces una dura ofensiva que llegó a paralizar sectores como la construcción y la industria automovilística, afectando incluso a ciudades enteras. Aquella confrontación significó una severa derrota para el movimiento sindical. Sin embargo, la Confederación General del Trabajo logró recuperarse y, tras la Primera Guerra Mundial, la afiliación obrera aumentó de forma extraordinaria. Fue también el

período en el que surgieron los consejos de fábrica (D'Alessandro, 1970).

Pero volvamos al momento histórico en el que Giulio Girardi desarrolló su labor. Desde una perspectiva sindical, hablar de Turín significaba hablar, sobre todo, del sindicato de los trabajadores metalmecánicos. Si se mide la intensidad de la lucha sindical por la frecuencia de las movilizaciones y la participación en las huelgas, los conflictos desarrollados en la empresa Fiat ocuparon siempre un lugar central, tanto por sus éxitos como por sus derrotas (D'Alessandro, 1970).

Las mayores conquistas del movimiento obrero italiano tuvieron casi siempre a los trabajadores de Fiat como protagonistas. En palabras de D'Alessandro (1970), "la participación mayor o menor de la gran masa de los trabajadores de la Fiat es, en líneas generales, un buen termómetro de la calidad de las luchas obreras en Italia".

Sin duda, este fue uno de los motivos por los que Girardi decidió involucrarse personalmente en una investigación desarrollada junto a los trabajadores de Fiat, prolongada en el tiempo y caracterizada por una notable complejidad técnica y metodológica, cuyo desarrollo analizaremos más adelante.

La historia del sindicalismo en Turín contituía una base suficientemente representativa de las aspiraciones de la clase trabajadora italiana y hacía sospechar que aquel trabajo pudiera tener una impronta regeneradora en la praxis sindical en Italia. Haremos por tanto un breve recorrido por esa historia sindical italiana que nos permita contextualizar la obra de Girardi con los sindicatos.

Turín fue una de las plazas en las que más temprano se desarrolló la industria italiana, en particular la metalmecánica, y sobre todo la automovilística. Y con ella también los primeros conflictos laborales y las primeras organizaciones obreras.

En Turín tuvo lugar la primera gran huelga iniciada y dirigida espontáneamente por las mujeres trabajadoras que sustituían a los obreros llamados a filas, ya que Italia había entrado en la Primera Guerra Mundial en mayo de 1915, que acabo en un baño de sangre. Era agosto de 1917. Una de las autocríticas de Girardi sobre su labor de intelectual revolucionario fue el haber reconocido tarde el papel de la mujer en los movimientos sociales de liberación.

También en Turín, inspirados por los "Soviet" en Rusia, nacieron los primeros Consejos de fábrica elegidos por todos los trabajadores, sindicados o no, en agosto de 1919 en la Fiat Centro dando origen al llamado "Biennio Rosso".

Tras el paréntesis del fascismo que había perseguido y disuelto todas las organizaciones obreras y el cansancio de la población por la guerra, se produjo un despertar obrero en 1943 en el que tuvieron un papel relevante las organizaciones sindicales de los metalmecánicos turineses junto a los mecánicos milaneses.

Ya en los años 60 en Italia se estaba despertando una clase obrera nueva y más fuerte. Y tras un largo periodo en el que, como decían los italianos, prevalecía "un *sindacato ridotto a testa dirigente priva di corpo militante*", se retomaron las reivindicaciones en las que se fue creando una nueva relación entre trabajadores y sindicatos: cada vez más eran las asambleas de trabajadores quienes elegían los objetivos e imponían las formas de lucha. Por ejemplo, los once mil trabajadores de la Lancia de Turín movilizaron manifestaciones ciudadanas y lograron aumentos salariales, reducción de jornada, estabilización de plantillas, etc.

En las bases de los sindicatos de metalmecánicos donde crecía una conciencia unitaria que superara las divisiones sindicales impuestas por intereses de sus directivas y de los partidos políticos, se crearon los

llamados Comités unitarios de fábrica, precursores de los Consejo de fábrica que se generalizaron en 1969.

Las ventajas de los Consejos de fábrica para la movilización de los trabajadores en favor de sus reivindicaciones consistía en que representaban a todos los trabajadores, estuvieran o no afiliados al sindicato, todos eran elegibles y electores. Pero también en que los delegados elegidos podían ser revocados por sus electores en cualquier momento. Entre los años 1970-73, a los sindicatos no les quedó más remedio que reconocer poco a poco a los Consejos de fábrica.

Este modelo de democracia obrera tuvo un éxito indiscutible entre los trabajadores e hizo que la Confederación General Italiana del Trabajo declarara, en diciembre de 1970, que los delegados, estuvieran o no afiliados al sindicato, serían reconocidos como sus representantes en las fábricas. Con ello pretendía preservar su legitimidad como representante del conjunto de los trabajadores frente a la patronal. Como explica D'Alessandro (1970), los dirigentes sindicales se enfrentaban a un dilema: aceptar a los delegados y a los consejos de fábrica como estructuras unitarias de base, aun cuando muchos de sus integrantes no estuvieran afiliados al sindicato, o reforzar las comisiones internas tradicionales, con el riesgo de perder el apoyo de un amplio sector de los trabajadores. En palabras del autor:

> Los dirigentes sindicales se enfrentaban a un dilema: ¿podían aceptar a los delegados como representantes del sindicato en la fábrica y a los consejos de fábrica como estructuras unitarias de base? Esto implicaba el riesgo de no poder imponer la línea de la organización a los trabajadores que no estaban afiliados al sindicato, pero que participaban en los consejos y que, en ocasiones, eran delegados. O bien, los dirigentes sindicales podían reforzar las

comisiones internas ya existentes y rechazar a los delegados, con el riesgo de perder el apoyo de un amplio sector de los trabajadores (D'Alessandro, 1970).

En el sector de los metalmecánicos, los Consejos de fábrica llegaron a ser 4.291 en el año 1972. El Mayo francés del 68 había supuesto un descubrimiento de las luchas obreras por parte de la juventud universitaria a las que apoyaban y en las que frecuentemente participaban y, probablemente, también una subida de la autoestima para los trabajadores más jóvenes. De hecho, los jóvenes que habían entrado a trabajar durante el boom económico italiano y carecían de experiencia sindical empezaron a participar en las movilizaciones reivindicativas, lo que supuso un rejuvenecimiento del sindicalismo.

Como veremos más adelante, con frecuencia los trabajadores más jóvenes veían al sindicato como algo completamente ajeno a sus intereses vitales. Sin embargo, esos mismos trabajadores, muchos de los cuales provenían del sur, llegaron a organizar varias huelgas "salvajes" en Fiat Mirafiori para mejorar sus condiciones laborales, prescindiendo de las directivas sindicales. Y en julio de 1969 esos mismos jóvenes inexpertos, entre los que se encontraban militantes de la JOC, gestionaron por su cuenta una huelga a nivel nacional contra los precios abusivos de los alquileres.

Si en 1968 la tasa de afiliación sindical había descendido al 34 %, en 1974, con el inicio de la recesión económica, alcanzó el 48 %. En 1977, cuando Italia se encontraba ya inmersa en una profunda crisis caracterizada por las reconversiones productivas, el cierre de fábricas y la crisis energética, la afiliación sindical llegó al 52 %, el porcentaje más alto registrado en la historia del sindicalismo italiano (D'Alessandro, 1970).

Los sindicatos pasaron a ejercer para los trabajadores la función de protección ante la crisis de forma preferente a las luchas reivindicativas. Fueron años de movilizaciones y manifestaciones sindicales en toda Italia. El país estaba cambiando, también políticamente, y los trabajadores deseaban que fuera un cambio radical de la sociedad. En las elecciones parlamentarias del 20 de junio de 1976 el Partido Comunista Italiano (PCI) logró el 34,4 de los votos, su máximo histórico, pese a lo cual no formó parte del gobierno.

La conflictividad laboral siguió en aumento. El 3 de diciembre de 1977 se produjo la gran manifestación de los trabajadores del metal en Roma (se habló de 300.000 menifestantes) que hizo caer el gobierno. Tras cuatro meses de negociaciones, el Partido Comunista Italiano entró en el gobierno sin ministros, era la primavera de 1978.

En contra de lo que pensaban sindicatos y trabajadores, la presencia del Partido Comunista Italiano en el Gobierno no solo favoreció sus intereses, sino que supuso un freno a sus aspiraciones imponiendo la moderación de salarios y de la conflictividad social a cambio de nuevas inversiones que pretendían garantizar los puestos de trabajo. Hasta la directiva del partido iba a los centros de trabajo explicando por qué debían aceptar “los sacrificios”. Por supuesto, las inversiones prometidas se dejaron para un futuro más prometedor y la patronal empezó a preparar una contraofensiva sindical que se prolongó durante los años 80.

En julio, tras 35 días de huelga promovidos por los Consejos de fábrica, la Fiat anunció trece mil despidos, que al final se convirtieron en 24 mil trabajadores despedidos sin indemnización. Fue la derrota de la lucha sindical basada en los Consejos.

En este contexto, segundo lustro de los setenta y los primeros años de los ochenta, fue el tiempo en

el que Girardi elaboró sus dos investigaciones más importantes publicadas sobre el mundo obrero en colaboración con los sindicatos turineses: *Coscienza operaia oggi*, en la que Girardi llevará a cabo su investigación sobre la conciencia de clase de los trabajadores metalmecánicos de Fiat Mirafiori y otras pequeñas y medianas empresas del entorno turinés, y la ya citada *Uomini di Frontiera*, publicaciones que tuvieron una difusión muy limitada. Eran malos tiempos para que los trabajadores gastaran dinero en libros.

Probablemente, estas últimas experiencias confirmaron a Girardi en que no se podía esperar gran apoyo de los partidos de izquierdas como el Partido Comunista Italiano, y había que dirigir la mirada a los movimientos sociales de base que estuvieran al margen o, al menos, no dependieran orgánicamente de las dinámicas de la política partidista.

7.3. *Coscienza Operaia Oggi*: una epistemología obrera de la conciencia de clase

En febrero de 1982, Giulio Girardi respondió a una carta en la que le exponía la situación de la Juventud Obrera Cristiana española y le solicitaba información sobre el trabajo que había desarrollado con los sindicatos en Turín.

Su situación personal había cambiado para entonces. En la respuesta me comunicaba su nueva dirección en Roma y hacía una breve referencia a su experiencia turinesa, que definía como "una investigación obrera sobre conciencia de clase". Asimismo, me indicaba dónde podía encontrar un "intento de síntesis de esa experiencia", en alusión a la obra *Coscienza Operaia Oggi. I nuovi rapporti operai in una ricerca gestita dai lavoratori*, publicada en 1980 por la editorial De Donato (Girardi, 1980).

En 1974, la Federación de Trabajadores Metalmecánicos acogió una iniciativa surgida entre los grupos cristianos de las Asociaciones Cristianas de

Trabajadores Italianos para crear un Centro de Cultura Obrera en torno a Girardi, quien dirigía entonces el Centro de Investigación Conciencia de Clase por encargo de dicha organización en Turín. Se trataba, además, de un período especialmente conflictivo en la trayectoria personal e intelectual de Girardi.

La puesta en marcha del proyecto requirió largas deliberaciones entre los responsables de la Federación Italiana de Trabajadores Metalmecánicos, afiliada a la Confederación Italiana de Sindicatos de Trabajadores y a la Federación de Trabajadores Metalmecánicos, cuyo secretario general era entonces Adriano Serafino. El objetivo consistía en consensuar las hipótesis de investigación y los distintos programas de trabajo.

Como recuerda Serafino (2025):

> Aquella idea llegó a la Federación Nacional de Trabajadores Metalmecánicos y Bruno Trentin, junto a Pippo Morelli, fueron sus principales impulsores. El trabajo de Giulio debía servir, esta era la idea original, para comprender los cambios producidos en la conciencia de la clase obrera en Turín, en el corazón de la estrategia industrial italiana, tras el ciclo de las luchas obreras de aquellos años y el rebasamiento de los valores acaecidos en los años 1968 y 1969 (p. 2).

El proyecto lo presentó el propio Girardi en público en noviembre de 1975. Aunque esta iniciativa nació en ese mismo año, la obra escrita se realizó entre 1977 y 1980 en colaboración con el FLM. Como se ha señalado más arriba, en los años precedentes la actividad sindical en Italia, especialmente en los núcleos industrializados del norte, había conquistado no solo mejoras salariales sino también unos derechos sociales muy avanzados para la época. Por ejemplo, en Fiat podían disponer de 150 horas no trabajadas pero pagadas para permitir que los trabajadores pudieran asistir a cursos de estudio fuera de la fábrica.

Con *Coscienza Operia Oggi* Girardi se propuso realizar una investigación sobre la "conciencia de clase" de los trabajadores y lo que pensaban de múltiples aspectos de su vida, en la que ellos mismos fueran los protagonistas de modo que se pusiera de relieve su capacidad de reflexión autónoma, sin la intervención de una dirección política, sindical o ideológica externa.

Se trataba de un cambio de papeles muy significativo y nuevo: la acción de los sindicalistas deja de ser un objeto de investigaciones ajenas y se convierte en objeto de investigación de los propios protagonistas obreros, ahora sujetos activos de la reflexión e investigación: se trata, en efecto, de hacer un "autoanálisis de clase" por parte de los propios trabajadores.

El proyecto en sí era una muestra más de la confianza de Girardi en el poder emancipador de las clases populares, de la clase obrera, y de su autonomía. De los 200 trabajadores participantes, una gran parte eran jóvenes sin cualificación y sindicalistas con estudios medios. Las pocas mujeres que inicialmente se apuntaron al proyecto se fueron retirando poco a poco por sentirse fuera de lugar entre sus compañeros.

La mayoría de los comentaristas de esta obra de Girardi, por no decir su totalidad, ponen de relieve la originalidad del proyecto y la complejidad de llevar a cabo una investigación de este tipo pues se trataba no solo de coordinar a doscientos trabajadores distribuidos en cinco equipos de estudio colectivo que se reunían semanalmente, dos de los colectivos de trabajadores participantes eran de la Fiat de Mirafiori donde por entonces trabajaban cerca de 50.000 obreros, sino que también había que redactar las actas para, posteriormente, someterlas a una relectura en la siguiente sesión. Sin embargo, lo más difícil y comprometido consistía en educar en la reflexión y el respeto a las opiniones ajenas en la discusión, aprendiendo a aceptarlas si fuera el caso,

y en incentivar la participación de los más retraídos a hablar en público.

Pese a lo novedoso de la experiencia, o quizá por ello, también recibió críticas de quienes temían convertir la investigación en una colección de experiencias personales, y de otros que desde la ortodoxia sindical consideraban que no se podían tomar esos testimonios como una radiografía representativa de la clase trabajadora sobre la que se pudiera programar la acción sindical.

El fomento de la libre expresión de opiniones en los equipos de investigación facilitaba expresiones consideradas heréticas por parte de los delegados politizados del sindicato que se veían puestos en tela de juicio en las discusiones. Hay que tener en cuenta que Girardi se había opuesto firmemente a compartir la dirección de las sesiones con un delegado elegido por el sindicato. Es decir, que curiosamente el dar la palabra a las bases del sindicato era calificado por muchos como algo marginal sindicalmente hablando.

Su respuesta a esas críticas la encontramos en el segundo capítulo del libro en donde pone de relieve las diferencias existentes entre una encuesta tradicional sobre las condiciones de vida de los trabajadores y lo que él se proponía: una investigación analítica de la autoconciencia de clase.

El libro consta de una selección de extractos de los cientos de actas elaboradas durante las reuniones semanales de los participantes en los seminarios y, por otra parte, de las intervenciones de Girardi destinadas a contextualizar los temas y organizar esos materiales en torno a los principales contenidos abordados: el trabajo, la militancia, las relaciones personales, el tiempo libre y la cultura (Girardi, 1980).

Un inventario de los manuscritos, documentos de trabajo y personales, dosieres y correspondencia de Giulio Girardi, elaborado por Simona Luciani, se conserva en la Fundación Lelio y Lisli Basso de Roma.

La dinámica de las reuniones se basaba en las aportaciones orales de los participantes, que eran recogidas en actas y posteriormente sometidas a nuevas discusiones hasta alcanzar conclusiones compartidas, procurando reducir al mínimo la intervención del investigador coordinador, es decir, del propio Giulio Girardi. Ello constituye una prueba de la confianza depositada en las capacidades de la clase trabajadora, más allá de sus conocimientos técnicos. Según el testimonio de Serafino (2025), las actas llegaron a ocupar unas dos mil páginas mecanografiadas, transcritas con la ayuda de Marie Claude, colaboradora de Girardi.

Para la elección del método, Girardi se inspiró en el utilizado por diversos colectivos feministas existentes por entonces en Turín, entre ellos la agrupación sindical Intercategoriale Donne. Según sus propias palabras:

> Nos habíamos inspirado en los grupos feministas de autoconciencia proponiéndolo como método para el autoanálisis de clase… un método para conquistar la autodeterminación, concienciación y educación liberadora a nivel de base, de los trabajadores (Girardi, 2002, p. 232).

Otro referente pudo haber sido también, a nuestro juicio, el método de revisión de vida desarrollado por diversos movimientos educativos comprometidos, entre ellos la Juventud Obrera Cristiana, que Girardi conocía profundamente, sintetizado en el conocido itinerario de ver, juzgar y actuar.

La inclusión en el título del término *coscienza* y del subtítulo *I nuovi rapporti operai in una ricerca gestita dai lavoratori* (Las nuevas relaciones obreras en una investigación gestionada por los trabajadores) posee un claro sentido educativo. Se trataba, en definitiva, de un verdadero "autoanálisis de clase", como lo calificaron algunos de sus protagonistas, que, lejos de debilitar la acción sindical y reivindicativa,

le proporcionaba un fundamento más sólido al aproximarla al principio de la educación mediante la acción y a la revisión de vida. En este sentido, Girardi afirmaba:

> El sentido de los términos "educación", "pedagogía", "libertad", "hombre", "sociedad", es diferente para quien se propone preparar a los hombres a ocupar un lugar en la sociedad y para quien quiere prepararles para transformarla; para quien quiere formar personalidades que hayan absorbido la ideología dominante, y para quien quiere crear frente a esa ideología una actitud crítica y autónoma (Girardi, 1979a, p. 1).

Girardi fue un intelectual comprometido con la militancia. Sin embargo, no concebía el trabajo con los sindicatos como una investigación cuyo fin fuera la propia investigación. Su propósito consistía en comprobar la hipótesis de la "capacidad investigadora de los trabajadores", de modo que estos pudieran "producir conocimiento" y hacerlo "de modo más rico y penetrante que las técnicas especializadas" (Girardi, 1980). El objetivo último era convertir ese conocimiento en fundamento de una militancia consciente y transformadora. Se trataba, por tanto, de un trabajo científico, pero también de un servicio al sindicato, lo que implicaba replantear la relación tradicional entre cultura y organización sindical, así como entre intelectuales y trabajadores.

En el inventario de sus documentos, al que hacíamos referencia más arriba, se conserva un cuaderno de apuntes dedicado al debate sobre la posibilidad y el alcance de una cultura proletaria, concebido como base para el nuevo trabajo que proyectaba desarrollar con los trabajadores de la Fiat durante el curso 1975-1976. En la portada, Girardi había anotado un posible título: "Cultura proletaria. Una polémica de ayer y de hoy". Esta anotación revela que tenía plenamente asumido que la nueva relevancia

concedida a la capacidad investigadora de los trabajadores implicaba también una redefinición del papel del sindicato como agente de producción cultural.

En este sentido afirmaba:

> Nuestra hipótesis es… que el porvenir del sindicato se juega también en asignar, en su política, un nuevo papel a la cultura: no solamente como instrumental, sino también y sobre todo de exploración, de innovación, de inspiración, no solo de transmisión sino de búsqueda (Girardi, 1980, p. 54).

Hasta entonces, la praxis de los sindicatos de clase se había configurado casi exclusivamente en torno a las reivindicaciones económicas y, especialmente, salariales. Al mismo tiempo, las movilizaciones y la acción sindical eran dirigidas de forma centralizada por las estructuras de dirección de las organizaciones sindicales. En cierto modo, la lógica de la denominada dictadura del proletariado terminaba reproduciéndose en el interior del propio movimiento obrero.

7.4. Vigencia del pensamiento sindical de Giulio Girardi frente a las transformaciones del trabajo

Por lo que hasta ahora hemos visto, la acción en los sindicatos de Girardi y su compromiso con la clase trabajadora se enmarca en una perspectiva más amplia que implicaba a aquellos movimientos sociales en los que detectaba un impulso hacia un mundo más justo, unas comunidades en las que ya se estaba haciendo realidad un mundo en el que no era posible la explotación del hombre por el hombre, en suma, un mundo no solo humano sino humanizado.

Ese horizonte abierto suponía, y creemos que todavía hoy supone, para los trabajadores y para la actividad clásica de los sindicatos una ventana abierta al aire fresco de los nuevos retos y nuevas oportunidades para la acción sindical que no supondría una merma

o deterioro del valor de su actividad constitutiva sino, por el contrario, favorecería una revitalización de su presencia en la sociedad.

Los caminos que conducen hacia esa dirección humanizadora pueden ser muy diversos. Dependen de la pluralidad de culturas y de las circunstancias históricas concretas, así como de la creatividad de quienes buscan una transformación social. Sin embargo, todos ellos comparten, según Girardi, un mismo fundamento:

> Solamente una profunda confianza en el hombre, y en particular en el potencial revolucionario de las clases populares, puede fundar un compromiso revolucionario. Solamente la convicción de que en razón de nuevas condiciones objetivas y subjetivas los hombres son capaces de realizar hoy lo que nunca ha existido hasta hoy, justifica este combate (Girardi, 1979a, p. 33).

En el origen de este proyecto revolucionario, como de toda propuesta de educación liberadora, se encuentra, por tanto, un acto de esperanza. Ello resulta especialmente significativo ante la enorme dificultad que supone liberarse de una cultura dominante que, estrechamente vinculada al modo de producción capitalista, condiciona el momento histórico e impone como naturales, casi imperceptiblemente, las ideas y concepciones que orientan la vida social.

En este contexto se establece, según Girardi, una división fundamental entre los seres humanos: por una parte, quienes creen que un mundo diferente es posible y, por otra, quienes consideran que ese cambio resulta inviable. Estos últimos, que constituyen la mayoría, estiman que es imposible modificar "la naturaleza de las cosas", pues entienden que esta fija límites insuperables para el futuro.

No se trata, sin embargo, de un "mundo diferente" en el sentido propuesto por la ciencia ficción o por

determinadas corrientes transhumanistas, que con frecuencia no hacen sino proyectar hasta el extremo las mismas lógicas del presente. Para Girardi, creer en un mundo diferente significa confiar en que los seres humanos conservan la capacidad de crear realidades históricas verdaderamente inéditas.

No era un ingenuo ni un soñador romántico. Como se ha señalado anteriormente, era plenamente consciente de los obstáculos que entraña cualquier proyecto orientado a transformar en profundidad una cultura de dominación. Aunque reconocía que solo pequeñas minorías desempeñan inicialmente un papel revolucionario, sostenía que precisamente esas minorías cumplen una función histórica esencial: anticipar metas y abrir caminos que posteriormente podrán ser asumidos por sectores más amplios de la sociedad.

Desde esta perspectiva valoraba críticamente el progreso histórico de la libertad. Hubo épocas en las que la esclavitud, el despotismo, el colonialismo o la supuesta inferioridad de las mujeres fueron considerados fenómenos naturales e inmutables. Si esas formas de dominación pudieron ser cuestionadas y superadas, no existía razón para considerar igualmente natural e intocable un modo de producción capitalista sustentado en la explotación del trabajo.

Su juicio crítico sobre la sociedad contemporánea constituye, en consecuencia, una expresión de su profunda confianza en el desarrollo histórico y en el papel que desempeña la democracia en los procesos de emancipación. Al mismo tiempo, representa una crítica a aquellos regímenes dictatoriales, tanto del pasado como del presente, que invocan un ideario revolucionario para justificar la dictadura o el colectivismo como si, por ello, pudieran calificarse verdaderamente de revolucionarios.

Como advierte Girardi:

> En la sociedad liberal, las instituciones son a la vez un reflejo de las relaciones de dominación y la expresión de una exigencia de libertad. Ciertamente no son bastante fuertes para suprimir, como lo pretenden, las relaciones de dominación; lo son a menudo para limitar sus arbitrariedades. Su abolición no sería pues un progreso sino un desencadenamiento de la ley del más fuerte (Girardi, 1979a, p. 32).

La convicción de que una alternativa es posible exige, por tanto, un ejercicio permanente de imaginación creadora. Para Girardi (1979a), la imaginación constituye un elemento esencial de toda praxis emancipadora, pues "es signo de libertad, es un desafío a las apariencias, a las evidencias, al sentido común; es el gran germen de una cultura revolucionaria" (p. 33).

No se trata, sin embargo, de una imaginación reducida a la utopía. Su fuerza transformadora radica en que encuentra las condiciones para su realización en las expectativas, aspiraciones y capacidad democrática de las clases populares.

En el ámbito del trabajo, la condición de explotación de los asalariados, concebidos como simples ejecutores de decisiones tomadas por otros y al servicio del beneficio ajeno, ha sido considerada durante mucho tiempo como una realidad natural, y quizá todavía continúe siéndolo para amplios sectores de la sociedad.

Frente a ello, el movimiento sindical ha procurado transformar esa conciencia reivindicando la participación directa de los trabajadores en la gestión de las empresas. La historia demuestra que aquello que durante siglos fue considerado natural puede dejar de serlo.

Del mismo modo que los pueblos colonizados, la población negra sometida al racismo, las mujeres

relegadas por la desigualdad o los jóvenes subordinados al orden establecido terminaron cuestionando esas formas de dominación, Girardi considera que también la conciencia de los trabajadores puede evolucionar hasta rechazar como inaceptable la explotación laboral. En ello reside, precisamente, la esperanza que anima las luchas cotidianas del movimiento sindical.

Entre los principales intereses de Girardi figuraba también el propósito de vincular la experiencia sindical, nacida de la práctica concreta de la lucha de clases en el sistema productivo, con la cultura entendida como expresión de los valores construidos en la conciencia de clase de los trabajadores y no como una realidad separada de su experiencia social.

Dicho de otro modo, sostenía que la subjetividad de la clase trabajadora no podía quedar al margen de la organización sindical ni de sus luchas. Prescindir de ella suponía debilitar el compromiso de los trabajadores con la acción colectiva, especialmente entre los jóvenes, quienes terminarían percibiendo el sindicato como una institución ajena a sus preocupaciones y aspiraciones más profundas.

Una nueva generación de dirigentes sindicales italianos reconoció la obra de Girardi como una contribución decisiva para replantear el significado contemporáneo de la clase obrera. Ya no bastaba con volver la mirada hacia las conquistas y derrotas del pasado. Era necesario preguntarse quién constituye hoy la clase trabajadora, cuáles son sus valores, qué rechaza y por qué está dispuesta a movilizarse la nueva generación que se incorpora al mundo del trabajo. Del mismo modo, resultaba imprescindible reflexionar sobre el papel que los sindicatos pueden desempeñar ante las transformaciones del empleo contemporáneo, incluida la creciente presencia de los trabajadores de cuello blanco.

¿Tiene algún sentido hoy lo que cantaba poéticamente Bertolt Brecht en el poema *Preguntas de un obrero ante un libro* en 1934?

Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?

En los libros figuran los nombres de los reyes.

¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?

Y Babilonia, destruida tantas veces,

¿quién la volvió a construir otras tantas? ¿En qué casas

de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron?

La noche en que fue terminada la Muralla china,

¿adónde fueron los albañiles? Roma la Grande

está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?

¿Sobre quiénes triunfaron los Césares? Bizancio, tan

cantada,

¿tenía solo palacios para sus habitantes? Hasta en la fabulosa

Atlántida,

la noche en que el mar se la tragaba, los habitantes clamaban

pidiendo ayuda a sus esclavos.

El joven Alejandro conquistó la India.

¿Él solo?

César venció a los galos.

¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero?

Felipe II lloró al hundirse

su flota. ¿No lloró nadie más?

Federico II venció la Guerra de los Siete Años.

¿Quién la venció, además?

Una victoria en cada página.

¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria?

Un gran hombre cada diez años.

¿Quién pagaba sus gastos?

Una pregunta para cada historia.

(Brecht, 2002).

7.5. Fundamentos filosóficos de la praxis sindical en Giulio Girardi

Aunque no es objeto de este trabajo exponer de manera sistemática la filosofía que anima el conjunto de la obra de Girardi, resulta necesario, e incluso imprescindible, hacer una breve referencia a su pensamiento como hilo conductor de las múltiples dimensiones de su vida y, en particular, de su labor educativa e ideológica en el ámbito sindical.

Para ello recurriremos a sus primeras publicaciones académicas, en las que, a nuestro juicio, ya se encuentran formulados los principios filosóficos que orientarán posteriormente su actividad intelectual y su compromiso social y político. Nos referimos, especialmente, a su tesis doctoral *Metafisica della causa esemplare in San Tommaso d'Aquino* (Girardi, 1954) y al manual *Ontologia* (Girardi, 1962), utilizado como texto de apoyo en sus clases de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma.

Ya en la sistematización tomista de la doctrina de la causa ejemplar, objeto de su tesis doctoral, aparecen dos principios fundamentales. El primero es el principio general de la ejemplaridad, *omne agens agit sibi simile* ("todo agente obra produciendo un semejante a sí mismo"), que responde a una concepción ejemplarista de la causa eficiente y de la causa final. El segundo, especialmente relevante para nuestro análisis, es el principio de ejemplaridad ideal, *omne agens agit secundum ideam* ("todo agente actúa según una idea"). A partir de estos principios, Girardi (1954) encuentra el fundamento que le permitirá

ampliar el concepto de ejemplaridad al ámbito de la acción humana transformadora, es decir, al plano que denomina "de la norma, de la ley, del juicio práctico, de la prudencia". De este modo, pone de manifiesto el valor racional de las ideas y su función como modelos ejemplares y criterios normativos de la praxis humana.

Quizá resulte aún más significativa para comprender la evolución posterior de su pensamiento la centralidad que atribuye a la persona en *Ontologia*. Sin entrar en un análisis detallado de la obra, esta preocupación aparece con claridad desde la introducción hasta las conclusiones.

El tratado comienza afirmando que lo propio del ser humano, entre todos los entes de la naturaleza, es "que su existencia está afectada por la inquietud" (Girardi, 1962, p. 7). Mientras los demás seres descansan en los bienes que poseen, el ser humano experimenta una permanente tensión entre lo que es y aquello que desea llegar a ser. Girardi ilustra esta condición recurriendo a Maurice Blondel y a su distinción entre la *volonté voulante y la volonté voulue*, como fundamento filosófico de la acción humana concreta.

Sin embargo, advierte que "el problema de la acción no se puede resolver independientemente del problema de la realidad" (Girardi, 1962, p. 231). De ahí que el análisis de las realidades sociales no pueda limitarse al empleo de los métodos científicos más rigurosos, sino que deba reconocer el lugar central que corresponde a la persona. En este sentido afirma: "Entre los objetos de la ontología destaca la persona ya sea porque es el existente más perfecto, o porque el sentido del universo no se puede aclarar a menos que aparezca el lugar de la persona en el universo" (Girardi, 1962, p. 231).

Por ello concluye que la ontología fundamental es una *ontologia personae*, y de resultas también una ontología de la libertad, del tiempo, del dolor y de la muerte, en definitiva, una ontología de la existencia.

Pero ¿qué tiene esto que ver con el trabajo desarrollado por Girardi con los sindicatos?

La centralidad filosófica de la persona en la realidad determina en el fondo el papel de la persona en el análisis de la sociedad y de la historia. En nuestra opinión, este es el fundamento también de su obra con la clase trabajadora. La realidad de la persona es pues el fundamento de la dignidad de todas las personas, independientemente de cuales quiera que sean las situaciones existenciales. De modo que un ordenamiento político y jurídico de la sociedad de personas es justo en la medida en que esa dignidad es reconocida de hecho en la realidad.

7.6. Libertad, compromiso histórico y actualidad del proyecto emancipador

Digamos, para terminar, que la finalidad de sus investigaciones en el mundo sindical no solo tiene rigor científico claro sino, como ya hemos señalado, presentan un carácter innovador tan evidente y adelantado a su época que, quizá por eso, aún hoy no se han desarrollado todas sus virtualidades. Pensamos que todavía tienen algo que decir hoy.

Pero, además, creemos que su trabajo en este campo está en consonancia con la herencia más básica del cristianismo, mientras que la polémica generada por su aplicación del análisis marxista de la sociedad capitalista no supone ninguna seria objeción, como tampoco lo supuso la aplicación del método científico a la astronomía que dio al traste con el geocentrismo y su consecuente cambio de la idea de Dios de la época. Pero esta cuestión se trata en otro capítulo.

El método del materialismo histórico se utiliza como el instrumento más adecuado para constituir de un modo científico y realista un imperativo moral que implica un compromiso práctico y político que de ningún modo se puede considerar materialista.

Ahora bien, esta confianza en la persona, en las clases populares, en las luchas de la clase trabajadora ¿es solo una legítima aspiración moral? ¿No se queda en una elucubración filosófica o incluso teológica, más o menos teórica? ¿Con qué base objetiva cuenta?

Determinadas filosofías de la historia, como la hegeliana dialéctica del espíritu o el materialismo histórico marxista, teorizan sobre la marcha de la libertad en la historia según leyes necesarias y "férreas", ¿justificaríamos así racionalmente la alternativa revolucionaria?

La cuestión es pertinente también no solo por las críticas que desde distintas perspectivas filosóficas y teológicas se dirigieron a Girardi tachándolo, por ejemplo, de intelectual marxista o de materialista ateo, sino también porque la utilización del método del materialismo histórico en sus análisis pudo entenderse erróneamente como una desvalorización de la acción y el compromiso personal dada la inevitabilidad histórica de la sociedad plenamente humanizada.

Y es que, en las filosofías citadas, la libertad quedaría anulada; consistiría como dijo Hegel en el "reconocimiento de la necesidad".

Girardi, sin embargo, afirma que el carácter irreductible de la opción, de la toma de partido, muestra la insuficiencia de esas explicaciones e introduce en esa racionalidad teórica factores imponderables que "ciertamente no la suprimen (la racionalidad) pero que modifican y enriquecen su sentido".

> Al plantear el problema de la alternativa (al sistema capitalista) en términos de posibilidad y no de necesidad, nos inscribimos entre los que rehúsan considerar el acontecimiento de la sociedad sin clases como una necesidad objetiva, demostrable científicamente. Las leyes no son nunca en esta materia otra cosa que leyes tendenciales. Delimitan posibilidades reales, pero unilaterales,

> que dejan espacio bastante amplio a la iniciativa de los hombres. Los análisis científicos, por otra parte, están marcados por opciones globales… La racionalidad humana y, en especial, la racionalidad política, es más rica que la racionalidad científica (Girardi, 1979a, p. 33).

Uno de los muchos recuerdos que tengo de mi relación con Giulio Girardi es que, tanto en sus clases como en sus charlas y conferencias o en las conversaciones cotidianas que teníamos con él, nunca era él quien empezaba por exponer sus pensamientos sobre los temas que se trataban, sino que pedía tu opinión que escuchaba atentamente, tras lo cual continuaba con sus preguntas y sus objeciones que exponía, de nuevo, a nuestra consideración. Es lo que yo pido se haga también con las consideraciones aquí expuestas.

Referencias

Brecht, B. (2002). *Historias de almanaque*. Alianza Editorial.

D'Alessandro, F. (1970). *Storia del sindicato in Italia. Dalla nascita della CGL alla svolta dell'EUR.*

Girardi, G. (1954). *Metafisica della causa esemplare in San Tommaso d'Aquino.* Scuola Grafica Salesiana.

Girardi, G. (1962). *Ontologia*. Società Editrice Internazionale.

Girardi, G. (1979a). *La educación como alternativa*. Juventud Obrera Cristiana de España.

Girardi, G. (1979b). *Une éducation pour libérer l'homme*. L'Harmattan.

Girardi, G. (1980). *Coscienza Operaia Oggi. I nuovi rapporti operai in una ricerca gestita dai lavoratori*. De Donato.

Illich, I. (2011). *La sociedad desescolarizada*. Godot.

Juventud Obrera Cristiana Internacional. (2005). Declaración de principios. https://joci.org/downloads/esp_dop.pdf

Lamendola, F. (2016). *Giulio Girardi, il (cattivo) prete che ha fuorviato col marxismo una generazione di cattolici. Fides et Ratio.*

Serafino, A. (2025). *Girardi e la FLM: la ricerca operaia a Torino*.